

Caracteres nacionales

Manuel Campa

Hablar de caracteres nacionales, a estas alturas, tiene poca credibilidad. Sin embargo, la serie de catástrofes que nos rodean –unas humanas, como el terrorismo, y otras naturales como el huracán Katrina- provocan unas reacciones que parecen sacadas de un viejo manual de costumbres. Así, en el último de estos acontecimientos dramáticos, bien anunciado por los boletines meteorológicos, podíamos ver cómo Bush, el gran cowboy, seguía las pautas del mejor cine del oeste, oyendo, impertérrito, cómo se consumaba el desastre, mientras esperaba a desenfundar el arma de los auxilios hasta el último momento, como hace medio siglo el sheriff Gary Cooper en *Sólo ante el peligro*. La elegancia del buen cowboy, trasladada a un medio acuático, consiste en saber esperar a que se ahogue el último de los indios, antes de desenfundar el arma. Pero, si el comportamiento de Bush, el hombre tranquilo ante el Katrina, parece sacado de un western clásico, la reacción de las autoridades inglesas ante el atentado de Londres del 7 de julio se ajusta a una página de Chesterton sobre la flema de los británicos, ya que la forma de administrar las noticias del dramático suceso incluía, sin duda, un te antes de elaborar cada nuevo comunicado. Así, las primeras noticias oficiales del atentado en la estación de metro de King's Cross cifraban en dos el número de víctimas. Era una manera muy británica de administrar la información, para controlar a la opinión pública. Cuando los periodistas comenzaron a sostener que el número de víctimas era mucho mayor, el comunicado oficial añadió: “es que están sin identificar”. Como si fuera la identificación lo que las asesinaba. La flema británica conlleva una buena dosis de hipocresía, de mentira política, que los ciudadanos comparten, ya que no hubo protestas señaladas por cómo se administró desde el gobierno presidido por Tony Blair la información sobre los atentados de Londres. Desde la cifra inicial de las dos víctimas, se fue siguiendo, hasta rebasar el medio centenar, una progresión aritmética, conforme se identificaban las personas asesinadas, con un orden que provocaba la perplejidad de los europeos latinos por el ejercicio de hipocresía compartida que implicaba el proceso informativo oficial. El pragmatismo británico supeditaba la prontitud de la información a la buena salud de la opinión pública, y administraba la información con el mismo cuidado que el médico se atiene a las condiciones del enfermo para determinar las dosis del medicamento. La cultura campesina asturiana no está muy lejos del modelo británico. Un político ecologista de origen urbano, que se había empeñado en conseguir la cuadratura del círculo, es decir, la amistad de los ganaderos y los lobos, reprochaba a unos campesinos porque, al parecer, se habían tomado la justicia por la mano. “No, hombre, no, nosotros a los lobos sólo queremos darles buenos consejos” –respondían los campesinos.

No me atreveré a sostener que la hipocresía británica sea una virtud, aunque, sin duda, cumple una importante función en la vida colectiva de aquel país. Sin embargo, creo en la superioridad moral y hasta estética de la serie aritmética de medias verdades con que el gobierno inglés fue comunicando a sus ciudadanos el primer atentado terrorista del 7 de julio en Londres, si lo comparamos con la chapuza informativa con la que el gobierno español comunicó el atentado de Atocha del 11 M de 2004. Dejo fuera de esta comparación el comportamiento sin igual del pueblo madrileño, históricamente repetido, por lo que un autor clásico bien pudo afirmar que, en España “lo que no hizo el pueblo se ha quedado sin hacer”. Aquí se trata, simplemente, de ponderar la calidad moral de dos mentiras, una del gobierno inglés, otra del gobierno español. Tony Blair, para no crear una alarma incontrolable, empieza comunicando que hay dos víctimas

mortales en King's Cross y que no se alterará nada en el país. Después, resulta que, en los diversos atentados, se supera el medio centenar de víctimas y se cambian una veintena de leyes inglesas. Sucede también -es verdad- la muerte injustificable de un ciudadano brasileño, al que la policía confunde con un terrorista. Pero a Tony Blair no se le ocurre, ni por lo más remoto, echar la culpa al IRA, aunque los antecedentes de los atentados en Londres del grupo independentista irlandés sean muy numerosos. La mentira de nuestro gobierno, al obstinarse en atribuir a ETA la matanza de Atocha del 11M, cuando ya aparecían islamistas por todas partes, tiene un perfil bien diferente del modelo inglés. No se trata de ningún ejercicio de hipocresía, sino de una versión más de un cuento tradicional, que está incluido en el Quijote. Se presentaron ante Sancho-gobernador dos hombres, el uno "traía una cañaheja por báculo" y el otro venía sin báculo. El del báculo quiso engañar a su opositor y a Sancho sobre el contenido del bastón, que estaba hueco. Hasta que Sancho-pueblo descubrió el burdo engaño pasando el bastón al opositor.

La doctrina de los caracteres nacionales tiene mala prensa y ya casi nadie admite creer en ella. Sin embargo, en las grandes catástrofes, los gobiernos parecen seguir pautas de conducta que corresponden a tradiciones culturales colectivas elaboradas a lo largo de mucho tiempo. Aparecen entonces la flema y la hipocresía británicas, la cultura del western americano y la ínsula de Sancho Panza.